



GUINEA ESCRIBE





**IV CONCURSO DE
RELATO CORTO
“GUINEA ESCRIBE”**

**Obras ganadoras
Premio literario Fundación Martínez**

Edición Cartonera

IV Concurso de relato corto “Guinea Escribe”

Derechos

Edición: Centro Cultural de España en Malabo y Centro Cultural de España en Bata (AECID)

Derechos de los textos: los respectivos autores

Créditos

Encuadernación en cartonera: en Bata la Asociación de Apoyo a la Mujer Africana (ASAMA); en Malabo un grupo de artesanos formado por Emiliana Felipa Mengue Nzang, Paciencia Meda Mobajale, Lisnarda Anguesomo Ondó y Rafael Esono Nsue Mangué

Corrección de estilo: Centro Cultural de España en Bata

Maquetación: Centro Cultural de España en Bata

Coordinación: Rafael Agudo Illán en Bata; Carlos Nvó Obama en Malabo

Impresión: ambos Centros Culturales

Biblioteca Digital de la AECID (BIDA): *bibliotecadigital.aecid.es*

Serie “Guinea Escribe”: ISSN 2617-538X

IV Concurso de relato corto “Guinea Escribe”

ISBN 978-84-09-11788-8



Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de Bata y Malabo, dependientes de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID.

MIEMBROS DEL JURADO

CCE Bata

Enrique Domínguez Arévalo
Rafael Agudo Illán
Garazi Ureta Ofizialdegi

CCE Malabo

Miguel Ángel Obama Nchama
Abilio Sagunto Cobanche
Adelaida Ondúa Casaña
Armando Zamora

NOTA PREVIA

La Fundación Martínez Hermanos colabora y patrocina el Concurso de relato corto “Guinea Escribe” - Premio literario Fundación Martínez.

Creada en 2013, la Fundación tiene como objetivo promover el desarrollo social a través de diversas áreas. Entre las que se encuentran la educación y la cultura, así como fomentar cambios de actitud y de valores que supongan un mayor compromiso de todos en la mejora de la sociedad ecuatoguineana.

PRÓLOGO

Desde hace décadas, los centros culturales de la Cooperación Española en Guinea Ecuatorial han convocado certámenes literarios con motivo del Día Internacional del Libro. Para dar continuidad a ese compromiso, los Centros Culturales en Bata y Malabo organizaron, con motivo de la Semana del Libro, el IV Concurso de relato corto “Guinea Escribe” – Premio literario Fundación Martínez, con el objetivo de fomentar la escritura y la literatura en la juventud ecuatoguineana.

En esta cuarta edición del concurso, en Bata se presentaron 52 relatos cortos, de los cuales 39 fueron admitidos; mientras que en Malabo se presentaron 90 relatos cortos, de los cuales 43 fueron admitidos. El fallo del concurso tuvo lugar a las 19:00 h. del sábado 27 de abril en ambos centros culturales, y se otorgaron premios, tal y como se indicaba en las bases, a los tres mejores relatos de cada centro. El jurado estuvo conformado por Enrique Domínguez Arévalo, Rafael Agudo Illán y Garazi Ureta Ofizaldegi en el CCE Bata, y por Miguel-Ángel Obama Nchama, Abilio Sagunto Cobanche, Adelaida Ondúa Casaña y Armando Zamora en el CCE Malabo.

Esta publicación recoge precisamente los seis mejores relatos, tres de cada centro cultural, y busca servir de reconocimiento y promoción a estos jóvenes escritores que residen en Guinea Ecuatorial.

Cabe destacar, también, el formato de esta edición, realizada por tercer año consecutivo, con cartones reciclados y con telas africanas. Se trata de un trabajo llevado a cabo en Bata por la Asociación ASAMA, y en Malabo por Emiliana Felipa Mengue Nzang, Paciencia Meda Mobajale, Lisnarda Anguesomo Ondó y Rafael Esono Nsue Mangué todos ellos formados en los talleres de “Autoediciones Cartoneras”, impartidos en los Centros Culturales de España en Bata y Malabo, durante el mes de mayo de 2017, por Araceli García, Directora de la Biblioteca de la AECID y Susana Ramírez, profesora de la Universidad Complutense de Madrid.

Este proyecto cartonero se enmarca en otras iniciativas similares surgidas en América Latina y España, concretamente en la editorial cartonera de la AECID, con título “Princesa Cartonera”.

ÍNDICE

<i>EL DEBER DEBIDO</i> - primer premio en CCE Bata Engracia Nzang Obama Akele.....	7
<i>GRITOS EN VOZ BAJA</i> - segundo premio en CCE Bata Esther Cándida Luembe Abang.....	12
<i>EL DESTINO INEVITABLE</i> - tercer premio en CCE Bata Francisco Benito Ndong Anvene Ayétebe.....	21
<i>LA MALDICIÓN</i> - primer premio en CCE Malabo Silvestre Nsue Nsue Nchama.....	30
<i>ESTRELLA PERDIDA</i> - segundo premio en CCE Malabo Juliana Mbengono Elá Avomo.....	39
<i>ESPERANZA</i> - tercer premio en CCE Malabo Teresa Casandra Abeng Esono Nchama.....	46

Relatos premiados por
el Centro Cultural de España en Bata

EL DEBER DEBIDO
Primer premio CCE Bata
Engracia Nzang Obama Akele

Una tribu en tinieblas

Vivían en las enormes montañas del Machu Pichu. Era una tribu que mantenía las costumbres ancestrales. La base de su sabiduría eran las leyendas que los mayores enseñaban a los pequeños. Adoraban a los espíritus que se manifestaban en las fuerzas de la naturaleza.

En el “Libro de Historia” de aquella tribu se guardaba un gran secreto: el secreto del deber que cumplía nadie. Decía el libro que, de tiempo en tiempo, nacería una criatura especial, y que ese recién nacido formaría parte de “los elegidos” que tenían como finalidad salvar a la tribu de las tinieblas en las que vivía (hambre, enfermedades, dolor... eran las constantes tinieblas de la tribu). Para ello, tenían que hacer un largo viaje para cumplir el objetivo de salvar a la tribu, pero muchos de ellos no conseguían su objetivo y desaparecían para siempre. En el pueblo sabían que habían fracasado porque, durante un tiempo, aparecían grandes sequías que destrozaban las cosechas, gran cantidad de animales salvajes muertos y fuertes vientos huracanados que derribaban las débiles chozas de la gente. Pero, el elegido que lograra eliminar las “tinieblas” de la tribu se convertiría en el jefe de la misma para siempre.

Nace una elegida

Tiempo después nació una niña muy hermosa, de padres humildes. La niña era muy tranquila, amante de la naturaleza y pacífica. Creció muy deprisa: en pocos meses hablaba perfectamente y antes de finalizar el primer año ya corría por los campos. Le encantaba alejarse hacia el interior de la montaña y bañarse debajo de una cascada de agua helada. A pesar de ello, los padres no

se sorprendían por nada ya que tenían la intuición de que esa niña era una elegida.

Diez años después, una mañana temprano, la niña se dirigió a la cascada para tomar un baño. Mientras se estaba bañando se le apareció una criatura muy rara. La niña se asustó y le preguntó: ¿quién es usted?, ¿qué hace aquí? La criatura no respondió, solamente señaló con su mano el camino que la niña debería seguir. Ella comprendió que comenzaba su viaje. Le sugirió a la criatura que debía primero avisar a sus padres, la criatura aceptó y le advirtió que debía salir como muy tarde al amanecer del día siguiente.

La muchacha volvió a su aldea y entró en la choza de su familia. Se dio cuenta de la pobreza que reinaba en ella. “Igual que en todas las demás de la aldea”, se dijo para ella misma. Cuando les contó lo sucedido a sus padres, éstos se quedaron atónitos y le preguntaron sobre el aspecto de la criatura. Ella respondió:

—Era totalmente blanca. Los vestidos, los cabellos, su piel... todo era blanco. No supe distinguir si era macho o hembra. Su voz era misteriosa y su rostro parecía aparecer y desaparecer en el vacío. Estaba parada encima de una roca mientras hablaba. Y, cuando se fue, desapareció de repente.

Los padres se dieron cuenta de que la niña no tenía ni una pizca de miedo y comprendieron que era una “elegida” y aceptaron que hiciese el viaje. Durante el resto del día, estuvieron haciendo el equipaje y hablando sobre el mismo. Al amanecer del día siguiente, los padres despidieron a su hija con lágrimas en los ojos, pues eran conscientes de que a lo mejor no volverían a verla.

El viaje

La muchacha desapareció entre las colinas cercanas. Tras un largo recorrido se encontró con un joven que iba en dirección opuesta. Se saludaron con las manos como signo de paz y el muchacho le preguntó a la niña:

—¿Hacia dónde va una primavera tan encantadora?

La muchacha respondió:

—La primavera va buscando provisiones para poder sobrevivir -y añadió- ¿hacia dónde va usted?

—Voy de regreso a casa —fue la respuesta del joven.

El joven siguió su camino. Nunca sabría la muchacha que acababa de salvar su vida porque el muchacho era en realidad un hombre peligroso, con fama de asesino. Sólo la serenidad y dulzura de la niña hizo que no quisiera atentar contra ella.

Dos días después, la muchacha estaba muy cansada, con la cara pálida y unas “vibraciones” en su estómago que indicaban que tenía mucha hambre. Pero siguió caminando. Media hora más tarde, se encontró con un castillo. Parecía deshabitado y tenía un aspecto desolador. Casi sin pensar, traspasó la gran puerta de entrada. No se oía ningún ruido a excepción de un suave crujido que venía de una de las estancias superiores. Subió despacio las escaleras y, al entrar en la habitación, se encontró con un hombre dormido en una hamaca. La joven comprendió que el crujido procedía de la hamaca en la que se balanceaba el hombre. La muchacha llamó al hombre para despertarle, pero no lo consiguió. Gritó más fuerte, y tampoco. La niña pensó que a lo mejor se estaba haciendo el dormido, y quiso darse media vuelta para salir de la habitación. En ese momento, se oyó la voz del hombre:

—¡Oh! ¿Qué tenemos aquí? Es una doncella. ¿Qué sugiere, madame?

—La doncella ha venido en busca de “provisiones” para sobrevivir.

—¿Y a qué llama la doncella “provisiones”?—preguntó el hombre asombrado.

—Mi aldea necesita salvación. Sufre demasiado y soy la responsable de su supervivencia. Si no consigo llevarles ayuda, seguramente todo el pueblo morirá. Por todo esto, necesito ayuda.

— ¿Qué cree, joven, que le puedo ofrecer? Soy el rey de este reino. Como ves estoy solo. Mis súbditos se fueron de aquí por una causa parecida. Todos me abandonaron.

—Lo siento —exclamó la muchacha— yo sólo quería un poco de ayuda.

—No pasa nada. Quizás tú puedas leerlo.

—¿Qué es lo que puedo leer?

—Verás, joven... cuando en esas tierras se pasaba mucha necesidad, llegó a mis manos un extraño documento. Quién me lo regaló aseguraba que el que fuera capaz de leer lo que decía el documento le daría paz y prosperidad a su pueblo. Como comprenderás yo no he sido capaz de leerlo y por ello, mi gente tuvo que irse lejos para no morir de hambre. Siempre se ha dicho que hay una fuerza o una clave en la naturaleza que hace posible que aparezcan las letras en este folleto. También se ha afirmado que hay una tribu, sólo una, que tiene dentro de ella la clave.

Dicho esto, se levantó, se acercó a un armario y sacó una especie de libro que le entregó a la niña. Luego, salió de la habitación.

Ella trató de ver lo que estaba escrito, pero sus ojos sólo veían papeles completamente blancos. Fijó la mirada tratando de ver algún rastro de tinta, pero sin éxito.

La niña se puso a pensar. Dejó el documento en una mesa cercana y comenzó a pasear por la habitación. Trataba de recordar todas las leyendas que le habían contado sobre el tema. También pensó en los tabúes que había en su pueblo, tratando de encontrar algo que le ayudara a hacer visibles las letras del documento. Pero fue todo en vano. Pasó toda la tarde y parte de la noche buscando algo de la historia de su pueblo que le pudiera ayudar. Al final, cansada, se fue a dormir.

La solución

Al amanecer se despertó teniendo en su cabeza la frase que estaba escrita en el “Libro de Historia” refiriéndose al secreto: el secreto del deber que nadie cumplía. Sorprendida, pensó en esa frase y se le ocurrió escribir la primera letra de cada palabra de la frase. Le daba: esddqnc. Dijo en voz alta esas letras al documento. No pasó nada. De repente, se le ocurrió escribir las letras en la primera página y funcionó.

El papel se llenó de una luz muy brillante y aparecieron rápidamente unas palabras: usted y su aldea están salvados. De pronto, desapareció el papel y por arte de magia desaparecieron el castillo, la habitación y el rey, y la niña se encontró junto a la cascada donde se solía bañar diariamente. Apareció aquella extraña criatura, vestida de blanco, que le dijo:

—Usted tiene ahora el poder de entrar bajo la cascada y abrir la puerta de un mundo maravilloso donde la gente vive feliz sin pasar ninguna necesidad. Y con usted, pueden venir a esta nueva vida todos los habitantes de su tribu junto con sus animales. Sólo es necesario que, cuando estén todos, usted empuje las piedras del fondo de la catarata. Se abrirán las rocas y pasarán a un mundo feliz, siempre protegidos por la fuerza de la cascada —y el ser desapareció.

La niña se quedó un momento con la boca abierta sin salir de su asombro. Y después, dando la vuelta, se dirigió hacia su pueblo corriendo a toda velocidad. Al llegar a la aldea, se sorprendió del silencio que reinaba en ella. No se oía absolutamente nada. Entró en su casa y alarmó a sus padres, tan débiles que casi no podían abrir los ojos. Ellos le explicaron que así estaba toda la aldea, se habían quedado sin fuerzas, ni siquiera tenían fuerza para levantarse de la cama.

La niña se dio cuenta de que así nunca podrían llegar hasta la cascada para entrar en el mundo feliz que le había prometido el extraño ser. Se le ocurrió, que si la cascada era poderosa, quizás su agua diera fuerza a su gente. Y sin pensarlo dos veces, cogió un par de envases grandes y se fue a buscar el agua.

Y su pensamiento fue acertado porque unas cuantas gotas del agua de la cascada eran suficientes para revivir a un hombre e insuflarle la fuerza que no tenía. Por la noche, todos los habitantes estaban recuperados y, alrededor de una gran fogata, escucharon las aventuras que había vivido la niña. Cuando finalizó su historia, la gente le dirigió palabras llenas de agradecimiento, muchos con lágrimas en los ojos. Se pusieron de acuerdo en que, al amanecer, todo el pueblo con sus animales se dirigiría a la cascada.

Todo ocurrió como estaba previsto y, una vez en el otro lado de la cascada, la muchacha pudo comprobar que la paz llegaba a su corazón porque veía a su gente salvada de la muerte. Y, desde su interior, surgieron estas palabras:

Eres la guerra contra la paz
y la paz contra la guerra.
Eres modelo en la tierra
y una líder capaz

GRITOS EN VOZ BAJA
Segundo premio CCE Bata
Esther Cándida Lumbre

Muchos decían que los cuarenta eran la edad que marcaba el inicio del final. También se decía que a los cuarenta se entraba en la vejez y en el periodo del “no vivir”.

Cuarenta... cuarenta... Oía ese número constantemente: rebajas al 40%, estreno de la película *El mundo a los cuarenta*, amigas que se quejaban de sus arrugas recientes, de los planes de formar familia, de que ya no había tiempo... Y es que, a partir de los cuarenta, se empieza a hacer una aproximación de cuánto te queda por vivir; pretendes hacer una lista de cosas que estaban previstas hacer antes de los cuarenta.

Quedaba con mis amigas Laura y Vanessa unas dos veces a la semana para desayunar. Ya no nos veíamos con frecuencia porque mi concepción de la vida había cambiado, y era bastante distinta a la de ellas.

Todo comenzó hace tres años. Marcos y yo llevábamos ya dos meses manteniendo una relación “no seria”. Yo acababa de cumplir los treinta y seis y Marcos, un joven muy atractivo, de hombros anchos, nariz chata, labios carnosos, ojos de un marrón muy oscuro y un pecho esbelto y musculoso, era quien me hacía sentir joven otra vez, como una chiquilla de dieciséis años que acababa de conocer el amor.

Marcos tenía sólo veinticuatro años cuando le conocí: yo salía de la escuela San Agustín, donde trabajaba como maestra de Lengua y Literatura de alumnos de primaria, y por algún pequeño descuido, me olvidé el maletín en casa. Me urgía conseguir un taxi, llegar a casa y coger el maletín que yacía sobre mi cama y para eso, sólo tenía veinte minutos.

El primer taxi que pasó fue el de Marcos y con la larga trayectoria de

escuela a casa y de casa a la escuela, el conductor del taxi y yo entablamos una preciosa amistad. Empezaron los mensajitos, las largas llamadas a altas horas de la noche y los encuentros en el Bar Central. Él era doce años menor que yo, pero eso no había impedido que consiguiese traspasar mi mundo.

Sólo unos cuantos amigos nuestros sabían de nuestra relación. Preferíamos mantenerlo en secreto por miedo a lo que dijese. No estaba preparada para que me señalasen con el dedo por la calle y dijese mi nombre acompañado de una sarta de insultos y palabras malsonantes como “ASALTACUNAS” o “CHUPASANGRE”. En ocasiones, también deseaba que todo el mundo lo supiera y fardar con una camisa en la que pusiese: NO COMMENT.

Hace dos años la relación de Marcos y yo comenzó a considerarse seria y, en la cena de Navidad, mis padres, que habían insistido tanto, conocieron al fin a Marcos. La velada no fue muy agradable que digamos; en cuanto Marcos se daba la vuelta, mis padres hacían críticas sobre el llamándole cosas como guaperas, niñato maleducado... yo mejor que nadie sabía que él podía no ser el hombre con el que mis padres siempre habían soñado que me casaría y mejor que nadie, sabía que Marcos era lo que necesitaba, él me hacía bien.

También aquella navidad, Marcos por primera vez me abrió su corazón, y por primera vez mantuvimos relaciones sexuales sin protección.

Pasadas las fiestas navideñas volvieron la monotonía laboral y la vida cotidiana.

La constancia con que Marcos y yo nos veíamos había cambiado. Ahora venía a visitarme sólo una vez por semana. Y cuando yo le llamaba para que nos viésemos, no contestaba, o si lo hacía, se inventaba alguna excusa para al final decirme que estaba ocupado. En ocasiones, durante esas llamadas en que me decía que estaba trabajando, en el fondo se oían musiquitas. No entendía muy bien por qué se comportaba de esa manera conmigo. Entonces nos veíamos una vez por semana, se convirtió en una vez por mes, y así poco a poco dejamos de vernos. Ni llamadas, ni visitas, ni mensajes...

El dolor y el vacío sentidos por la ausencia de aquel ser, me impidieron seguir con normalidad lo que era mi aburrido y triste día a día. ¡Cómo conseguiría seguir viviendo con sólo media parte de mí!

Tan grande era la nostalgia que faltaba al trabajo con frecuencia.

Llamaron a la puerta. Eran Laura y Vanessa que venían a ver cómo estaba yo.

—Cielo, debes salir un poco de casa, que te dé un poco el sol— dijo Laura recogiendo las botellas de agua que había tiradas. Llevaba desde ayer en el mismo sofá. No me había cambiado el camisón desde hacía una semana y olía a pis, y no era de extrañar porque hacía dos días me meé en la cama y no acababa de bañarme.

Intenté levantarme para saludar a mis recién llegadas amigas, pero en cuanto conseguí mantenerme en pie noté que se me nublaban la vista y caí otra vez sobre el sofá

—¿Cómo te encuentras?- me preguntó Laura, dándome un beso fuerte en la frente, y antes de que yo pudiese responder, ella se sobresaltó y exclamó: ¡Estás ardiendo! ¡Tienes fiebre! ¡Has ido a ver a un médico?

—Estoy... estoy bien. Sólo es el cansancio— eran las primeras palabras que pronunciaba en días.

Vanessa estaba asqueada por todo lo que le rodeaba. Estaba todo sucio.

—¡Mujer, no me digas que por un niño imbécil vas a malgastar tu vida de esta forma!-, me reprochó Vanessa haciendo muecas de repugnancia.

—Y es que yo sabía que este chico no era bueno para ti— añadió Laura.

Las dos se sentaron conmigo, una a cada lado, pero cuando notaron que el sillón estaba mojado, gritaron como dos niñas y se levantaron mirándome con desprecio.

—¿Por qué hay agua en el sofá? — preguntó Vanessa, temiendo oír mi respuesta.

—¿De verdad crees que es agua? — pregunté yo con una sonrisa un tanto maliciosa.

De repente me fulminaron con la mirada mientras me reía a carcajada saliente.

—En serio Linda, necesitas ayuda— Laura adoptó una postura bastante seria.

—Y tú un espejo. ¡Mirad qué caras habéis puesto! — seguía mofándome de mis amigas.

—En serio, Linda, vístete y vamos al hospital— seguían insistiendo.

—Estamos verdaderamente preocupadas, tienes muy mal aspecto.

Ellas siguieron así toda la tarde, intentando convencerme de que necesitaba ayuda y no se fueron hasta que no accedí a ir con ellas al día siguiente al hospital.

Cuando ellas se fueron, continué sentada en mi sofá y de un segundo a otro me eché a llorar. Estos últimos días, había sentido unos dolores bastante extraños. No sólo me dolía el corazón, también tenía fiebres altas y vomitaba sangre. No conseguía preocuparme por mi salud, porque mi ánimo estaba por los suelos.

Las chicas y yo, nos encontramos en el hospital y me hice gran cantidad de análisis, cuyos resultados me informaron adquirir al día siguiente.

Después del hospital, nos fuimos a la tienda de Armando, un amigo nuestro y amante de la moda. Armando nos enseñó lo nuevo de su colección y Vanessa se quedó boquiabierta y sorprendidísima, a mí me daba ya igual. Ignoraba ya algo que me encantaba hacer con mis amigas como probarnos la ropa de Armando mientras escuchamos de su boca ingeniosos piropos.

A la mañana siguiente, fui a por los resultados.

—El doctor le está esperando- me dijo una señorita muy guapa, que lucía unas gafas muy redondas al estilo Harry Potter, y estaba sentada en la zona de recepción.

No sé por qué, pero mi corazón dio un vuelco que me dejó incomodísima. Llamé a la puerta antes de entrar, y una voz ronca y masculina me dijo:

—¡Adelante!.

Empujé la puerta de cristal que daba a la oficina del doctor y ya dentro, el

doctor me entregó un sobre que seguro contenía los resultados de los análisis que me hice el día anterior. Su cara reflejaba angustia y lástima. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados. Sentí que hacía más calor que antes. El doctor alargó sus brazos y me entregó un sobre blanco de tamaño mediano. Yo esperaba que el señor de la chaqueta blanca me dijese algo más sobre lo que contenía el sobre, pero de sus labios sólo salió un “lo siento”. Seguido, el doctor me acarició la mano y salió del cuarto, como quien hubiese entendido lo que mis ojos pedían a gritos.

A mi alrededor, todo era blanco. Sobre la mesa había un bote de lapiceros de colores diferentes. En uno de los extremos de la superficie cuadrada de madera, había un cuadro que contenía la foto del doctor y de unos niños que parecían ser sus hijos. En la pared, había otro cuadro que me llamó muchísimo la atención porque parecía expresar lo que sentía yo en ese instante.

En medio de todo eso estaba intentando controlar esa guerra de emociones que en mí se libraba. El miedo había petrificado cada uno de mis músculos, no podía moverme. No sé cuándo salí del hospital. Lo primero que recuerdo después de mirar lo que había a mi alrededor en el hospital y sentir que todo eso se caía sobre mí, es encontrarme en casa con un sobre bien cerrado en mis manos.

Pasaron tres días, y el sobre seguía intacto. No sé de dónde vino, pero hallé el valor necesario para enfrentarme al contenido del sobre. Mi mano derecha abrió el sobre, mientras la izquierda lo sujetaba con fuerza. El pegamento del sobre no opuso resistencia, como si estuviese esperando ser abierto. Del paquete, saqué tres papeles. Comencé a leer desde el principio, pero no estaba entendiendo muy bien lo que ponía. Seguí leyéndolos, pero me detuve en cuanto leí las palabras “individuo seropositivo”. Los papeles cayeron al suelo, mis manos perdieron fuerza y ni la más ligera pluma eran capaces de sostener. Me llevé las manos primero a la boca, luego a la cabeza. Aún no sabía cómo asimilarlo. Tenía VIH.

Mis ojos se humedecieron y se volvieron brillantes. Y por mi mejilla izquierda corría una lágrima como río que busca echar sus aguas en alguna parte. Tiré de una manga de mi suéter y, con ella, me la limpié. Tras haberla

limpiado, las otras empezaron a caer. No importaba cuánto me las limpiase, ellas conseguían salir y mojar las hojas que sostenía.

Quería gritar, pero no me salía la voz. Cuanto más me esforzaba por hacerlo, más se me achicaba la garganta. El sonido del móvil me sacó de mi trágico estado ensimismado. Era Vanessa. No tenía ganas de hablar con nadie. Esperé a que dejara de sonar el móvil para continuar con mi drama.

Entre lamento y lamento, el mundo se me caía encima si es que aún seguía formando parte de él.

Volvió a sonar el móvil; lo ignoré. Ocho llamadas más y cesaron. Comenzaron los mensajes. Todos eran de Vanessa y decían casi lo mismo. Ya harta, cogí el móvil y lo lancé a la pared de color carne que tenía en frente. Pedacitos de pantalla se esparcieron por el salón. Sin saber lo que hacía, fui a la cocina por un cepillo y recogí no sólo lo que quedaba de mi móvil, sino también los desechos acumulados durante estos últimos días sin vida. Recogí latas de cerveza, papeles, botellas de agua, pañuelos desechables... Cambié los sofás de funda, los manteles. Limpié y abríllanté cristales, como si de eso dependiese mi vida. De tanto tirar, sacudir y frotar, caí rendida al suelo hecha un asco y lloré como si estuviera en un concurso de llantos.

El sonido de la puerta retumbó por todo el salón y también por mi cabeza. Me sequé rápidamente, intentando adecentar el camisón que llevaba puesto. Seguro que se trataba de Vanessa que venía a averiguar por qué le había ignorado tanto. Abrí la puerta y no podía creerme lo que estaba viendo. Frente a mí estaba el culpable de mi desgracia. Llevaba unos zapatos marrones, unos vaqueros y una camisa gris que yo misma le había regalado aquellas navidades que pasamos en casa de mis padres. Procuraba que mi cara ocultase toda expresión facial que mostrara algún sentimiento de afecto hacia él. Le miraba con desprecio, quería escupirle a la cara y arrebatarle la vida como él me la había quitado a mí. Cuando ya no pude sostenerle más la mirada, lo abracé, lo abracé tan fuerte que respirar ya no parecía una función importante en mí.

Yo lloraba, Marcos también lo hacía. Sus fuertes brazos rodeaban mi espalda mientras las palmas de sus manos ascendían y descendían por ella. Los míos entornaban su cuello y mis palmas acariciaban suavemente su pelo encrespado.

Sus lágrimas mojaban mi hombro derecho y las mías, eran absorbidas por el lino de su camisa gris.

Minutos después, Marcos me susurró al oído:

—Ódiame... — había extrañado que me susurrara de esa forma.

— No puedo... — le respondí.

—¡Linda, ódiame! — volvió a decir él, esta vez alzando un poco la voz.

—¡No puedo! — estaba yo ya casi gritando.

Lo empujé y lo aparté de mí gritando.

—¡No puedo! ¡No puedo, Marcos! — comencé a darle fuertes puñetazos en el pecho, pero a él parecía no hacerle daño. Paré muy rápido, porque me hacía daño a mí misma en un intento de hacérselo a él.

Pero seguía gritándole:

—¡Me gustaría... Deseo odiarte! Pero por desgracia, te amo más de lo que te odio- él me cogió por las muñecas para que dejara de golpearle. Y entre llanto y llanto, entre golpe y golpe, acabamos fundidos en lo que fue para mí el mejor beso de mi vida. Esta vez, el sonido de la puerta fue lo que nos arrebató el momento y nos vimos obligados a parar. Me aparté de él lentamente, y con cautela, me acerqué a la puerta para averiguar de quién se trataba. Eran Vanessa y Laura. Por primera vez, detesté la presencia de ellas en mi casa. Quería echarlas, pero no sabía cómo.

—¡Linda! — era la voz de Laura.

—¡Linda, ábrenos! — insistía Vanessa.

Me situé detrás de la puerta, y antes de abrirla, me acomodé las vestiduras y me recogí el pelo en un moño imperfecto. Abrí la puerta y me encontré con dos caras conocidas que parecían enfadadas. Antes de que las dejara pasar, comenzaron a lanzarme sermones sobre mi desaparición.

—¡Cómo esperas que no nos preocupemos por ti si no das señales de vida!
— nunca había visto a Laura tan enfadada.

—Ni respondes a las llamadas... Ni llamas... — Vanessa parecía ya la furia con piernas.

Las dejé pasar, ellas seguían gritándome. Los gritos cesaron cuando vieron al hombre que estaba sentado sobre el sofá que hacía unos días, había llenado yo de pis. De un segundo a otro, enmudecieron. Me miraron, le miraron a él y se miraron entre ellas. Sus caras expresaban confusión, pero debían entender que yo estaba más aturdida que ellas.

No sabía cómo explicárselo a ellas, sabía que ellas no entenderían su presencia en mi casa, pero lo ignoraron y concibieron la escena como un bache cualquiera en una relación.

Los días pasaron, Marcos y yo hablamos sobre lo que nos estaba pasando. Discutimos durante días, peleamos y, sobre todo, él pidió perdón. Pidió perdón más veces de las que jamás había oído a alguien disculparse. Como solución decidimos vivir y morir juntos.

¡Qué ironía la del destino! Antes pensábamos en la expresión “hasta que la muerte nos separe” como si fuésemos a casarnos, vivir juntos y morir de viejos. Pero ahora, esa expresión nos condenaba a morir juntos o no.

—¡Linda, ojalá no me hubieses conocido! ¡Ojalá no hubiese formado parte de tu vida! A mí me da igual morir, pero que mueras tú me impide morir en paz.

Yo ya había asumido que estábamos enfermos. Pero a él aún le faltaban lustros para aceptarlo. Y la verdad es que ya me había acostumbrado a la idea de vivir y morir con él, y me encantaba.

—Marcos, ya lo superé- intenté tranquilizarlo un poco, porque llevaba ya unos meses pesados y martirizándose por algo que era ya inevitable.

—En casa de mis padres dijiste que nunca me dejarías, y así lo has hecho- lloraba como un bebé, lo cual me parecía muy tierno.

—Estás conmigo y eso es lo que importa— proseguí.

Me acerqué a él, atraje su cabeza hacia mí y lo besé la frente. Él sonrió como un niño pequeño y acercó sus labios a los míos. Había olvidado cómo me sentía cuando estaba con él. Había olvidado lo que era amar y ser amado. También había olvidado vivir por mí misma.

Esther Cándida Luembe

No sabía si Marcos había vuelto a mí porque me seguía amando o porque no quería pasar el resto de su vida solo. No lo sabía. Pero de mí dependía cómo vivir lo que me quedaba. No sabía si moriría de amor o de mentira, pero moriría amando de verdad.

Volando a través del tiempo

EL DESTINO INEVITABLE

Tercer premio CCE Bata

Francisco Benito Ndong Anvene

En Monlí, un planeta sin igual, había mil millones de habitantes esparcidos en zonas diferentes y distanciadas, en un único espacio que los englobaba y que los unía (el planeta Monlí).

Tras varios siglos de crecimiento, desarrollo, avance y prosperidad cultural, se estaba quedando más cerca el gran día en el que todo cambiaría, en el que la economía se multiplicaría y todo se simplificaría en gran medida. Esto se debería al gran descubrimiento que haría Nve, un anciano de Nenques (un país del planeta Monlí). Este, había encontrado una motita muy bonita, tan bonita y rica que alimentaba con tan solo mirarla. Era una fuente de vida. Sí, Nve había experimentado un nuevo descubrimiento. Una motita que estaba anclada a una roca (la roca boba).

Nve, con tal emoción que haría estallar a un tucán, cogió lo que había sido visto por él y lo llevó al pueblo. Era tan chiquita como un granito de arena. Que mil o quizás más de ésta, podrían caber en su mano.

Nve la tuvo con él durante dos meses, estudiándola en silencio, hasta que descubrió que era un alimento. Un alimento tan rico como jamás había probado. Con esto, en Nenques estaba a punto de acontecer un gran avance.

La motita, como cualquier otra cosa, tenía sus características, sus particularidades y eran éstas las que la hacían especial. Pues ésta, crecía en cada eclipse solar el doble de tamaño, en caso de que la consumieran. Nve, no iba a esperar tanto para caer en la cuenta de ello. Ya que atravesaban por época de continuos eclipses.

Cuando Nve consumió la motita y percibió su sabor único y sin igual, dio por acabado el asunto. Se sintió portentoso, distinto y magnífico y, fue tal la experiencia, que lo comentó en el consejo de ancianos del pueblo. Fueron no pocas las discusiones que se entablaron entre ellos, las discrepancias y burlas. Decían que sin pruebas de tal mota, Nve estaría padeciendo una especie de locura, que estaría embrujado o encantado por algún hechizo.

Tras estas discrepancias, Nve los llevó al Lago Bobo, donde había encontrado la mota, en busca de otra semejante, por si había, pero no vieron nada y regresaron al pueblo. Justamente esta noche, Nve regresó al lugar donde encontró la mota, queriendo mostrar su certeza, buscando en el lugar donde lo halló y en los entornos de éste, a ver si con suerte podría haber otra de esta. Pero fue inútil la búsqueda de Nve, porque ésta era única. Entonces, fatigado de tanto buscar, se sentó sobre la roca boba donde la encontró, y por suerte o mala suerte, cayó un eclipse total. Todo el firmamento, toda la atmosfera se volvió oscura, sin posibilidad siquiera de percibir algo a un centímetro de distancia. Y ahí donde le pilló, se quedó sentado. Durante la mitad del transcurso del eclipse, Nve sintió cómo algo se elevaba bajo su trasero, no pudo levantarse porque estaba consumado por el miedo. Pero la cosa crecía con tal impacto que parecía algo sobrenatural. Nve pensó hallarse sentado sobre una tumba, y que los fantasmas querían salir ya a realizar sus hazañas. Nve temblaba y se cagó encima. Fue total el susto y miedo por el que Nve adolecía, que se desmayó.

Cuando se despertó, el eclipse se encontraba ya en su fase final, faltaba una hora para su fin, el firmamento se esclarecía y, poco a poco, cuando iba venciendo la luz sobre las tinieblas, Nve iba percibiendo poco a poco algo parecido al tesoro que andaba buscando. Y así tras el fin del eclipse, pudo revivir la experiencia, pudo volver a ver aquella mota misteriosa. Pero un poco más grande, el doble de grande que la primera. Claro que mil o más de mil de estas podrían seguir cabiendo en la mano de Nve. Nve la cogió, corrió al pueblo y en su casa esperaba impacientemente la hora del consejo de ancianos. Los minutos se eternizaban y no tuvo más aguante. Decidió recorrer las casas de los ancianos para adelantar la reunión. Así fue, todos lo vieron y aceptaron por fin a Nve, pero Mba dijo:

—¿Dices que lo has encontrado en el Lago Bobo? ¿Dónde nos llevaste ayer sin encontrarlo?

Entonces Nve le respondió:

—Sí, me quedé buscando durante todo el día, ahí me pilló el eclipse y allí me dejó, y ahí donde por primera vez lo encontré, lo volví a encontrar. Lo encontré de nuevo en el mismísimo lugar que encontré la otra.

Los ancianos molieron la motita y la pusieron dentro del cántaro de Nen (una bebida típica de nenques) que nunca faltaba en los encuentros del consejo de ancianos; y tras ingerir cada uno un vaso, presenciaron ensimismados todo lo que les contaba Nve. Muchos se dirigieron a sus faenas, y fue tal la impresión que causó en ellos, que labraron en un día lo que en condiciones normales hacían en tres. Pero Abeso, el jefe de los ancianos se quedó sentado en la casa de la palabra, pensando sobre el misterio. Tras esta profunda reflexión de Abeso sobre el gran acontecimiento, convocó al atardecer al resto de los ancianos y se abrió una investigación encubierta sobre este misterio:

— Yo creo que había solo dos de estos, que quizás no buscamos bien la otra vez y por eso no lo pudimos ver— dijo Mba.

— Yo sí creo que sigue habiendo una multitud de estas, nada es único— respondió Ngua- Estoy seguro de que hay más y tenemos que reunir a todos los jóvenes de la aldea para buscarlas. Porque si reunimos cientos de estas y las fermentamos en un estanque de agua, creo que tendremos un estanque mágico.

— Yo creo que cayó del cielo durante el eclipse— dijo Oba.

— ¡Ah sí! durante el eclipse— respondió Nve— Ahora me acuerdo, me desmayé durante el eclipse, porque sobre la roca que estaba sentado, sentí algo raro elevarse bajo mi trasero. Era algo escalofriante, pensé que eran fantasmas que salían de sus tumbas y por tal miedo me desmayé. Pero cuando desperté, la mota estaba justo donde estaba yo sentado.

Abeso pidió que guardaran silencio, tuvo un gran miedo, no compartía el lado bueno de la mota con el resto de los ancianos, presentía el trayecto al fin de la existencia. Reunió a todos los ancianos y, en honor del jefe de ancianos,

ordenó acampar en el Lago Bobo hasta que descubrieran otra mota. Y así fue, todos cogieron lo necesario para el viaje y se despidieron de sus respectivas familias.

Nenques se quedó en manos de los jóvenes, encabezados por el mayor de todos, Edjang Y todos los ancianos se dirigieron al Lago Bobo en busca del misterio.

Días tras días, rebuscando y rebuscando, barrieron todo el terreno, lo iluminaron como si fuera una pista de aterrizaje de aviones, barrieron a medio quilómetro de circunferencia al rededor del Lago Bobo. Y tras un mes de intenso trabajo, agotados, dando por concluido el tema del misterio, les sorprendió otro eclipse. Y tras este vieron cómo una mota, ahora el triple de grande que la primera, brillaba en el centro de la circunferencia, sobre la roca que cubre el Lago Bobo. Y todos corrieron hacia ella y formaron un círculo a su alrededor. Abeso dijo que nadie la tocara. Estudiaron la mota, sus dimensiones y características. Era una mota bien redondita.

Tras un día de observación, cada uno redactando su impresión sobre esta, les sorprendió otro eclipse. Y tras este, la mota continuó tal y como estaba, ninguna modificación. Cogieron la mota y la pusieron en una bolsita para llevarla al pueblo, y tras la recogida del equipaje, les sorprendió otro eclipse. Dejaron al suelo sus pertenencias y se quedaron a esperar su fin. Pero cuando la atmosfera se esclareció, había otra motita, un poco más grande que la que tenían. De nuevo se reunieron a su alrededor a observarlo. Desde entonces Abeso dio por sentado su percepción sobre esta. Los reunió de nuevo y les dijo:

— No sé si os habréis fijado. La segunda motita que trajo Nve, dice que era más grande que la primera, y la tercera que encontramos, es más grande que la segunda, y ahora la cuarta es mucho más grande todavía. Esta mota aparece por cada eclipse y crece solo si la han tocado. Esto quiere decir que esta mota crece, nosotros la hacemos crecer cuando hacemos uso de su poder. Me temo un gran peligro a la larga. Y por ello propongo que la ocultemos para que nunca volver a ser encontrada.

— No sé si eres consciente de que estás diciendo que echemos a perder el progreso de nuestro pueblo, el bienestar de nuestros hijos, nietos y esposas,

que echemos a perder una vida más cómoda, digna, fácil, una vida mejor. ¿Prefieres seguir viviendo en estas condiciones pésimas a disfrutar del tesoro? No le encuentro sentido- aseveró Ngua.

—Estoy con Ngua, creo que con esto podemos brindar a nuestros descendientes una vida mejor — respondió Mba.

Abeso sabía que todo lo que decían los ancianos era cierto, pero él temía el final de todo, algo que no encontraba sentido ni argumentos suficientes como para mostrar su razón. Y así, votaron todos, menos Abeso, el uso de la mota.

Tras varios años de relación con la mota, Nenques conoció un avance increíble, algo jamás percibido por ningún otro pueblo. Nenques adquirió sin duda el lujo del mejor pueblo de Monlí y muy pronto todos cayeron a sus pies en busca de la vida (la mota boba). Solo hicieron falta cinco años para que el poder de la mota recorriera más de cincuenta pueblos diferentes, su demanda en el mercado se había multiplicado, y era tal su poder que se estaba transformando en la única fuente de vida en Monlí. Pueblo sin mota, implicaba pueblo si vida. Y así, sin darse cuenta, la vida de Monlí quedó sujeta al poder de la mota. Los pueblos la necesitaban cada vez más, cada uno la adquiriría según sus posibilidades; la adquirirían, a cambio de otros recursos naturales. Y así, Nenques creció por poseer la mota, y por obtener otros tipos de beneficios a su costa, a cuenta de la mota. Nenques era cada vez más rico, la mota conoció un diámetro de treinta metros, lo cual supuso más riqueza para Monlí, y mucha más para Nenques.

Los pueblos conocieron sus avances, todos mejoraron su nivel de vida por la mota.

Tras varias décadas de consumo de la mota y sin ningún eclipse, los nenqueanos, sin darse cuenta, estaban agotando la fuente de la mota. La mota se acabó, y fue tal su deficiencia que se armó una crisis en todo Monlí. Los pueblos sin la mota ya no sabían vivir. Está claro que la crisis no afectaba en la misma medida a todos los pueblos. La cantidad de posesión y reservas de la mota variaba según los pueblos, los había que tenían ahorrados grandes cantidades, lo suficiente para abastecerles más de dos siglos.

Tras cinco años sin mota, reapareció otro eclipse, y tras este la mota

reapareció con el doble de volumen que la vez anterior. Los últimos ancianos que seguían con vida eran Abeso y Nve. Eran dueños de innumerables bienes, pero seguía en Abeso el miedo por la mota. Era tal que creció aún más. Nve por fin tuvo la misma impresión que Abeso sobre la mota. Quisieron dar fin a tal acontecimiento, pero era demasiado tarde, el poder de la mota ya no estaba en sus manos. Estaba ahora en manos del gobierno de Nenques y no pudieron hacer nada más que editar unos ejemplares sobre el origen, características y fin de la mota, ediciones que fueron ocultadas por el gobierno, pero dejaron una copia a los religiosos.

Tras veinte siglos, la mota ocupó todo Nenques. Su control salió de las manos del gobierno a las de los más poderosos de todo Monlí, que comenzaron a construir sobre la ella. Muchos fueron los que se mudaron a allí.

Los religiosos intentaron levantar corrientes en contra del uso de la mota, haciendo alusión a su fin, dando ejemplos claros de la historia desde su descubrimiento hasta ahora. Pero era tan inútil, que se eclipsaba tras la veracidad que de la mota vivía el pueblo. Y en su día un joven clérigo dijo en una mesa redonda que tuvieron: “Decimos que no se haga uso de la mota, pero ¿que nosotros mismos no podamos prescindir de ella? Además ¿si unos cuantos nos creyeran y dejaran de hacer uso de ella, la mota dejaría de crecer? Creo que la mota seguirá creciendo, aunque sea uno quien haga uso de ella”

Y con esta intervención los ánimos de luchar contra el uso de la mota se derrumbaron.

Hace ya siglos que los últimos ancianos se murieron, toda una cuarta parte de los pueblos de Monlí ya moran sobre la mota y por la mota. La mota sigue creciendo, y la buena vida aumentándose cada vez más. Todo ya desde casa.

Otra jornada de eclipses, y la mota alcanza ya un medio del total de Monlí, la vida cada vez más genial, mucho más consumo de la mota, la mota ya les cegó a todos. Mota ya para todos, mota en todo Monlí, la mota ya ocupó todo Monlí.

Todo Monlí ahora sobre la mota, festejando y disfrutando sin medida, la mota conoció un crecimiento increíble, un avance incontable. Monlí, único lugar donde podían habitar los monlianos y que ahora es habitado por la mota.

Guinea Escribe

Así, cuando los monlianos perdieron su hábitat, desapareció su existencia. El planeta que era de los monlianos ahora es de la mota boba, que les dio a los monlianos la vida que necesitaban, a cambio de su planeta.

Relatos premiados por
el Centro Cultural de España en Malabo

LA MALDICIÓN

Primer premio CCE Malabo
Silvestre Nsue Nsue Nchama

En un terreno lleno de flores y arbustos perfectamente recortados, con el entorno vallado, pasaban todo el día, sentados sobre un banco los gemelos, hijos idiotas del matrimonio Mbá-Mokuy. Con la lengua entre los labios y la mirada perdida. Cuando se les interrumpía volvían la cabeza con la boca abierta. El banco quedaba paralelo al cerco a unos metros, y allí se mantenían inmóviles, con los ojos fijos en los espacios que hay de una varilla a otra. Veían cómo el sol se ocultaba tras el horizonte. La luz cegadora llamaba su atención, poco a poco sus ojos se animaban; se reían, al fin, estrepitosamente, congestionados por el mismo gozo ansioso, mirando al sol con gran alegría como si fuera comida.

Otras veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras imitando al tranvía del tráfico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de cuidado maternal.

Esos dos idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mbá y Mokuy, orientaron su estrecho amor de marido y mujer hacia un porvenir mucho más provechoso, un hijo: ¿qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, liberado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin?

Y cuando el hijo llegó, a los dos años de matrimonio, creyeron cumplida su

felicidad. La criatura creció, bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero a los tres años lo removieron una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no reconocía a sus padres. El médico lo examinó con una atención profesional minuciosa, buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres.

Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento. Pero la vivacidad, el ánimo, aun el instinto, se habían ido del todo. Había quedado profundamente idiota, baboso, inactivo sobre las rodillas de su madre.

— ¡Hijo, mi hijo querido! —gimoteaba ésta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

Cuando llegó el día del alta, el padre se quedó charlando con el médico mientras su esposa se iba al coche con el muchacho.

—A usted se le puede decir esto — dijo el médico con el rostro conmovido — creo que es un caso perdido. Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

— ¡Sí! ¡Entiendo! —asentía Mbá —. Pero dígame, ¿qué cree que pudo causar este desastre en nuestro hijo?

El médico, que creía en las maldiciones heredadas, le sugirió al padre que buscara ayuda profesional en las curanderías, para hacerse un lavado de energías negativas.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mbá redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba, tal vez, los excesos del abuelo, o quizás algún error que él hubiera cometido. Tuvo asimismo que consolar sin tregua a Mokuy, su esposa herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Tras un tiempo aquel engendro del demonio falleció, y los padres, que ya le tenían por muerto desde que enfermó, no hicieron largo su luto.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se

repetían, al día siguiente amaneció idiota, y en menos tiempo que el primero, tuvo una muerte prematura.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su unión y su amor estaban malditos! ¡Su unión, sobre todo! Treinta y tres años él, veinticinco ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!, ¡que solo sea normal!

Del nuevo desastre brotaron nuevos centelleos del dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron gemelos, y punto por punto se repitió el proceso de los dos mayores. Se hizo popular el chisme sobre ellos de que sus hijos se hacían idiotas porque ellos los sacrificaban para hacerse ricos, esto sumado al dolor de ver a su progenie desvanecer, le incitó a Mbá consultar a los curanderos independientemente de su esposa.

Los muchachitos que no sabían comer, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban con todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban refunfuñaban muy molestos. Solo se animaban al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando fuera lengua y ríos de baba. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más. Con los gemelitos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad.

No alcanzaban a tener otro hijo. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba, en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos. Pero la desesperada necesidad de salvación ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos echó fuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, patrimonio específico de los corazones inferiores, y cosa común en nuestra sociedad. Esto sumado a las consultas de las curanderías, cuando iba el marido le decían que el mal provenía de la mujer, y cuando iba ella, que en la familia de su marido había un león que se comía las almas de sus hijos.

Comenzaron cambiando el pronombre, “tus hijos”. Y como además del insulto había la estratagema, la atmósfera se cargaba.

—Me parece —dijo una noche Mbá, que acababa de entrar y se lavaba las manos— que podrías tener más limpios a los muchachos.

Ella continuó mirando su novela como si no hubiera oído nada.

—Es la primera vez —repuso al rato— que te veo preocuparte por el estado de tus hijos.

Él la miró con una sonrisa fingida y casi forzada:

—De nuestros hijos, ¿me parece?

—Bueno; de nuestros hijos. ¿Te gusta así?

— ¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa?, ¿no?

— ¡Ah, no! —ella sonrió en tono burlesco, pero furiosa— ¡pero yo tampoco, supongo...! ¡No faltaba más...! —murmuró.

— ¿Qué no faltaba más?

— ¡Que, si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.

Su marido la miró con brutal deseo de insultarla.

— ¡Dejémoslo! —articuló, secándose por fin las manos.

Este fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebató y locura por otro hijo.

Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de piel, esperando siempre otro desastre. Sin embargo, nada pasó, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, la pequeña llegaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza.

Si en los últimos tiempos Mokuy cuidaba a veces de sus hijos, al nacer la pequeña Nchama se olvidó casi del todo de los gemelos. Su solo recuerdo le aterraba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. Al padre, en menor grado, le pasaba lo mismo. Pero no por eso la paz había llegado a

sus vidas. La menor indisposición de su hija echaba fuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los gemelitos afectos posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban casi todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia. Y cuando se ponían en frente de la tele no miraban más que películas de horror de brutales asesinatos, e imitaban aquellas películas de tal forma que parecían ser los guionistas; ya que se les discriminaba en todo, algo había que permitirles, y nada mejor que dejar que miren la tele. Porque así no molestaban a nadie, a no ser que la pequeña Nchama quisiera ver otra cosa.

De este modo la pequeña cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que eran a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía un rato que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mbá.

— ¡Ohhhhh señor! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces quieres que te repita lo mismo?

—Está bien, se me olvido, ¡se acabó! No lo hago a propósito.

— ¿Y quieres que me crea eso?

— ¡Tú créete lo que quieras, maltita arpía!

— ¡Qué! ¿Qué dijiste...?

— ¡Nada!

—Sí, ¡te oí decir algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste, pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Él se puso furioso.

— ¡Al fin! —repuso alzando la voz—. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

— ¡Sí, víbora, lo acepto! Pero yo he tenido buenos padres ¿oyes?, ¡buenos! ¡Mi padre no ha muerto delirando de brujería! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo si no fuera por tu familia! ¡Esos son hijos tuyos, esos dos y los que fallecieron... tuyos!

Mbá explotó a su vez.

— ¡Víbora endemoniada! ¡Eso es lo que eres, lo que te quiero decir! ¡Puedes ir al Akarbeyem a preguntarle quién tiene la mayor culpa de la desdicha de tus hijos: mi familia o tu hechicería!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de la pequeña Nchama selló instantáneamente sus bocas. Muy de madrugada, la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes, que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó tanto más efusiva cuanto más hirientes fueran los agravios.

Amaneció un hermoso sábado, hacía un día estupendo, a las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia, creyó sentir algo como una respiración tras ella. Al mirar, vio a los dos idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación... Rojo... Rojo...

— ¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Mokuy no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuando más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos. Mandó a la sirvienta echarles.

— ¡Que salgan, Ribala! ¡Échelos! ¡Échelos!, la dijo gritando como si se tratara de unos perritos sarnosos.

Las dos pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco.

Después de almorzar, salieron todos. La sirvienta se fue a Sipopo, y el matrimonio a pasear en el parque nacional con su niña. Al bajar el sol volvieron, pero Mokuy, que quería presumir de su logro genético, quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija impaciente por librarse de ellos se fue directa a casa.

Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había traspuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse desde lo lejos en el horizonte, y ellos continuaban mirando las varillas más inertes que nunca.

De pronto, algo se interpuso entre su mirada y el cerco. ¡Su hermanita!, cansada de lo que ella creía ser una eternidad de agobiante amor paternal, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa las plantas que estaban tras la cerca. Quería picar una flor que parecía estar a su alcance desde el otro lado y, en intentos desesperados, alargaba su brazo hasta que lo consiguió.

Los dos idiotas, con la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y cómo de puntillas metía la cabeza entre las varillas de hierro, cosa que les recordaba a una película de horror que habían visto recientemente, Callejón sin salida. La mirada de los idiotas se había animado. Una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras una creciente sensación de ansia bestial excitada por la imagen de la sirvienta descuartizando la gallina, iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado picar una flor rozada, se disponía a salir de aquel horrible lugar, sintió cómo la cogían de espaldas. Detrás de ella, los cuatro ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

— ¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Que me sueltes te digo! —gritó sacudiéndose en intentos de salir corriendo. Pero fue atraída, y sus esfuerzos fueron en vano.

— ¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! —lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse a las varas, pero fue arrancada y cayó.

—Mamá, ¡ay! Ma...

No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó la garganta, apartando su pelo como si fueran plumas, y juntos la arrastraron de una sola pierna hasta la

cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, y como si fueran caníbales, bien sujeta, la arrebataron la vida segundo por segundo.

Su padre, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama —le dijo a Mokuy

Prestaron oídos, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron y, mientras ella iba a dejar su sombrero, Mbá avanzó en el patio.

— ¡Nchama! ¡Princesita!

Nadie respondía.

— ¡Princesa! — alzó la voz ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

— ¡Mi hija, mi hijita! — corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entreabierta, y lanzó un grito de horror.

Mokuy, alarmada, ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso grito de su marido, lo oyó y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, su marido, pálido como la muerte, se interpuso conteniéndola:

— ¡No entres! ¡No entres!

Ella alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

Y mientras se derrite por el suelo, se plantea varios interrogantes, ¿qué hice mal? ¿En qué me equivoqué? ¿Por qué se me castiga de ese modo?

Mientras los gemelos cubiertos de sangre estaban sentados en el suelo de la cocina, mirando a sus padres detenidamente, con una sonrisa casi consciente, su madre, al observar aquello, sale del suelo en un arrebato de ira, coge el palo de machacar de un mortero cercano e intenta librarse de..., no sé si maldición o castigo, lo que les había dado la vida. Pero es detenida por su esposo, que carente de fuerzas, grita por auxilio.

Tras unos meses, asolada por la vergüenza y el dolor, Mokuy se suicida, el hombre tocado hasta el fondo por tanta aflicción, y pérdidas de seres queridos, pierde la razón. Y los que ya sospechaban malas prácticas en el origen de sus bienes, afirmaron en tono humorístico, — ¡se veía venir!, ¿qué se podía esperar de tanta fortuna de dudosa procedencia? —

No se volvió a saber nada de la sirvienta, y de los gemelos solo se sabe que a veces se les ve tras las barras, sentados en su banco, en el terreno ya casi boscoso. ¡Y habiendo llegado a este punto, termina nuestro relato!

ESTRELLA PERDIDA
Segundo premio CCE Malabo
Juliana Mbengono Elá Avomo

Me llamo Giovanni. Tengo trece años y vivo en un internado a falta de un correccional. Le quité la vida a mi madre y todavía no sé cómo solucionar aquello.

Vivíamos en un barrio ruidoso que no me gustaba, en una casa que solo tenía habitación y comedor. El colegio tampoco me gustaba. Pero me gustaban los recreos, me tumbaba bajo el árbol de Atanga del patio y leía mis libros favoritos.

—Estás aquí para estudiar y prestar atención a tu maestro, no para entretenerte con historias inventadas— decía el jefe de disciplina siempre que me quitaba un libro durante el recreo.

Cuando veía a mis vecinos entrar en sus casas de tres habitaciones, me decía que mi vida sólo podía mejorar. Un día llegué a casa a las ocho y media de la tarde. No era la primera vez, odiaba estar en casa. Cuando mamá llegaba del trabajo me asfixiaba con las tareas.

—Ve a cogerme un cubo de agua en el grifo. Ve a por caldo, que se me ha olvidado en el mercado. Lávame la olla grande, que hoy quiero cocinar para dos días. Friega los platos. Trocea la carne. Pela el ajo.

Así me pasaba las tardes con ella. Prefería estar en la biblioteca leyendo o estudiando y llegar después, cuando ella ya estuviese mirando la telenovela. A veces no había dinero para pagar alguna receta médica, pero mamá siempre pagaba el alquiler de telenovelas con antelación. Varias de esas telenovelas provocaron muchos incendios. Cuando las mujeres seguían las telenovelas se olvidaban de todo, sobre todo de las ollas puestas sobre el infiernillo encendido.

Un día llegué a las ocho de la tarde. Era la sexta vez que llegaba tan tarde. Mamá ya me había amenazado con hacer venir a su hermano, que vivía en otra ciudad muy distante, sólo para propinarme una paliza que me sirviera de lección. Yo no conocía a aquel señor. Era un desconocido para mí. El coste del transporte para llegar hasta la ciudad en la que vivía mi tío costaba el doble de lo máximo que podíamos permitirnos semanalmente para comer.

Al llegar a casa, me sorprendió no escuchar la voz de “Rubí la descarada”; en su lugar, sonaba la voz de un comentarista de fútbol. El sofá que teníamos como único mueble para sentarnos estaba ocupado por un señor. Me detuve en la puerta un rato, el señor del sofá se levantó con pesadez al tiempo que hablaba.

— ¿Giovanni, es que no sabes saludar? —preguntó él.

— ¿Quién eres y qué haces en nuestra casa? — le pregunté al señor que ahora estaba completamente de pie.

— ¿Así tratas a tu madre, imbécil? ¿Así te ha educado Catalina? ¿o es por la sangre del desgraciado de tu padre?

Antes de poder responder a aquel señor desagradable, un dolor intenso vibró en mi mejilla derecha. El tío Esubio daba la impresión de ser un gordo pesado, pero era tan fuerte como un boxeador. Me vi ahogado por una ráfaga de puñetazos y patadas. Salí corriendo sin tener claro a dónde me dirigía, la bestia salió detrás de mí. Las mujeres del barrio se pusieron a gritar. No recuerdo qué decían exactamente. Dos hombres me atraparon a pocos metros. La gente miraba con expectación, algunos niños se reían y otros ponían caras de susto, muchos me grabaron con sus teléfonos.

— ¡Ay, este hijo de Cata! Le matará de un disgusto — se lamentó una de las vecinas.

— ¿Qué ha hecho ahora? - preguntó otra.

— Es una desgracia de hijo. Con solo doce años y ya consume drogas. Mejor ser estéril que cargar nueve meses con un embarazo para parir un engendro como éste — dijo Elena, una señora que me mandaba hacerle recados todas las semanas.

— ¿Dónde está ese desgraciado de Giovanni? — gruñó la bestia saliendo de la cueva que era nuestra casa — estoy harto de las quejas de Caty por culpa de este ratón.

Una bofetada resonó en mi mejilla al tiempo que mi tío acababa la frase. La boca se me llenó de un líquido salado. Intenté zafarme de las garras de los hombres que me detenían, pero no pude. Agarrándome por el cuello de la seda, mi tío me arrastró hasta el umbral de nuestra puerta. Me dolía todo y me ardía la cara. Sentía que se me rompía la columna vertebral cada vez que las Panamas Jack de mi tío embestían contra mi espalda. Al final me ataron de pies y manos y me dejaron en el umbral de la casa.

— ¡Como vuelva a escuchar que has entrado después de la una vendré a cortarte las orejas! ¿Me oíste?

Asentí con la cabeza temiendo otro golpe. Aquella noche dormí fuera, no sé si por falta de espacio en la casa o como castigo. No llovió, pero hizo tanto frío que sentía cómo se me helaba la sangre en las heridas abiertas.

Cuando todos dormían logré soltarme las cuerdas que me ataban y me alejé lo máximo posible. Pasé dos meses en la calle, dormía en viejos coches abandonados y casas en obras. Pedía limosna en la calle y, siempre que veía la oportunidad, le robaba el monedero a alguna que otra señora.

Vivir en la calle no era muy agradable, pero no estaba dispuesto a volver a casa con mi madre. Pensé en mi padre, otro desconocido para mí. Sabía cómo localizarle. Los padres de mis amigos les propinaban palizas constantemente y les tenían muy controlados. Eran pocos los que hacían regalos y admiraban a sus hijos. De pequeño me encantaba vivir solito con mamá, sin padres que me propinasen palizas. Ahora necesitaba a mi padre.

Me fui al mercado para conseguir algo de dinero. Mi padre vivía en una ciudad tan lejana como mi tío. Me fui a las seis de la mañana, a esta hora las mujeres que venden hortalizas en los barrios realizaban sus compras y siempre llevaban los monederos sujetos en el sobaco, era fácil quitárselos. De lejos vi a una señora que estaba depositando su teléfono y su monedero sobre una mesa que contenía cosas como envueltos de sal, harina, aricó, etc. Acto seguido, se agachó para separar unas cebollas dentro en un montículo de cebollas colocado

en el suelo sobre un saco viejo. Avancé hasta el lugar, pasé tras ella y cogí el móvil y el monedero con rapidez y disimulo. Inmediatamente una mujer se puso a gritar

— ¡Ladrón, ladrón, ladrón!

Corrí con todas mis fuerzas y me metí en un suburbio. Desgraciadamente, tres de los chicos que me seguían lograron atraparme y me obligaron a compartir el botín con ellos. Esos chicos no me habían seguido para ayudar a la señora cuyos llantos ahogados, entre una multitud de comentarios, se oían de lejos. Acabé con varias heridas y perdí el botín. Seguí a aquellos chicos durante unas horas hasta que me di cuenta de que me había conducido hasta su cabecilla, era un grupo de delincuentes. Se hacían llamar “Calles de Sangre”. Me invitaron a formar parte de su familia y no aceptaron un no como respuesta.

Con “Calles de Sangre” mejoré mis técnicas de robo. Corría con la velocidad de un ladrón profesional y ya no me daba nada pena quitarle el bolso a una señora, atracar una farmacia o colmado amenazando con una navaja. Me sentía intocable y temido. Después de tres semanas experimentando con “Calles de Sangre” llegó el rito de iniciación. El cabecilla del grupo me dijo que debería superar una prueba de combate, que consistía en entrar en un patio cuidado por un perro, matar al perro y robar algo de valor. Superé esa prueba gracias a que las dos semanas anteriores había estado entrenando con los perros callejeros. La segunda prueba era “la prueba de muerte”. Cada uno de los siete miembros del grupo echó un licor diferente en una botella y lo mezclaron con unas pastillas blancas y ovaladas. Yo debía beber la mezcla y resistir su efecto. Tras beber todo el contenido de la botella me puse a gritar como loco, mis colegas se reían, me ardía todo el cuerpo. Sentía como el calor salía por todo mi cuerpo. Todo empezó a dar vueltas y al final me desperté solo en una casa abandonada. En uno de mis bolsillos encontré una nota que decía “no has superado la prueba. Te has muerto. Calles de Sangre”. Tardé unos días en recuperarme del todo.

Con la experiencia ya acumulada, me resultó mucho más fácil recaudar el dinero que necesitaba para llegar a mi padre. Cogía un taxi para el viaje. Al llegar, saqué mi navaja y le ordené al taxista que me entregara todo el dinero que tenía, el abrió la guantera, sacó una pistola y me golpeó. Por segunda

vez, me desperté abandonado en una sala oscura y calurosa. Tuve una visión del infierno frente al paraíso. Me puse a llorar hasta que vino un policía y me arrastró hasta otro policía. El segundo policía me interrogó a base de bofetadas y porrazos

—Soy Giovanni. Estoy buscando a mi padre. Se llama Tomas Shangale y trabaja para la compañía Mabrosol — dije con la actitud de un parvulario que recita el poema de fin de curso.

Me devolvieron a mi celda para traerme otra vez ante el comisario, después de unas horas. Frente al comisario estaba sentado un señor albino, enchaquetado y enfadado. Le temblaban los ojos y la cabeza.

— ¿Usted reconoce al chico? — preguntó el comisario al señor.

— No. Nunca le he visto — dijo él.

—Pues él dice que se llama Giovanni y está buscando a su padre. Un tal Tomas Shangale, empleado de Mabrosol.

—Mi madre se llama Catalina Memba — añadí una vez que el comisario hubo acabado.

—No sé quién eres ni de dónde vienes. Pero te pagaré la fianza. Hace doce años tuve una novia llamada como tu madre. Ella se quedó embarazada y decidió abortar, no quería tener un hijo albino. Me alejé de ella y no supe nada más. No sé si cumplió su palabra o no, pero lo que sé es que estoy fuera del trabajo que me permite cuidar de mi familia — finalizó don Tomas Shangale.

Aquel señor pagó por mi libertad y me llevó a su casa. Era impresionante, cuando vi el pitbull que estaba enjaulado en su patio, me alegré de que, en mi prueba de combate sólo hubiera tenido que enfrentarme a un galgo mal cuidado. La esposa de mi padre no estaba muy contenta con mi presencia, pero tuvo que aceptarme porque no podía darle hijos y él los deseaba. Mi padre no era el monstruo que me imaginaba de pequeño y tenía una casa impresionante con una biblioteca que tenía trescientos libros, de los cuales solo cincuenta eran novelas. Con mi padre descubrí los libros de verdad, tenía ciento y pico libros sobre emprendimiento y desarrollo humano, me fascinaron. El resto hablaba de administración de empresas, marketing, contabilidad y cosas por

el estilo. Después de un mes, mi padre me dijo que había estado en contacto con mi madre desde mi llegada a su casa. Al principio quise enfadarme porque yo le había contado todo sobre mí y no había motivos para preguntarle nada a esa mujer. Mi enfado se esfumó cuando me dijo que a mi madre le habían diagnosticado hipertensión y que llevaba días sin poder valerse por sí misma. Tenía el brazo y el pie derechos insensibles. Me sentí mal conmigo mismo. Todo eso era por culpa mía. Aquella tarde mi padre me llevó a casa para que cuidara de ella.

Los problemas surgieron muy pronto. Me quejé de la cena que consistía en arroz del día anterior.

— ¡Haberte quedado con el millonario de tu padre! ¿Qué has venido a buscar en esta choza?

No supe cómo responderle.

— ¿Giovanni, podrías explicarme qué mal cometí para merecerme este castigo? ¿Es que querías matarme de la preocupación? ¿Qué te hice Giovanni, qué te hice yo para merecerme esto?

Mamá lloraba y se tumbó en el sofá. Hundió su cara en el asiento y siguió llorando. Yo no supe qué hacer hasta que el enfado brotó dentro de mí y chuté el infiernillo en el que ella estaba calentando el arroz. El infiernillo explotó y el arroz se esparció por todo el salón. Mamá no se inmutó. Dejó de llorar y yo me apresuré a apagar el fuego y limpiar la casa. Al acabar, mamá se había dormido en el sofá. No quise molestarla, por lo que me fui a dormir a cuarto.

A la mañana siguiente mi mamá seguía tumbada como se durmió. Era raro, ella siempre madrugaba para irse al trabajo. Pero no le hice caso hasta las dos de la tarde. Ya era muy tarde. Mi padre vino y algunos vecinos nos acompañaron al hospital. Los médicos dijeron que se había muerto por falta de atención tras una subida de tensión. No me lo podía creer, estaba destrozado. No quería seguir vivo. Había matado a mi mamá, la explosión del infiernillo debió ser la causa de la subida de tensión. No me hacía la idea de que nunca más vería a mi mamá. Me fui a vivir con mi papá. Me enteré de que la gente comentaba que había provocado la muerte de mamá para irme con papá. Esos comentarios eran muy graves. Me escapé de aquella casa y por desgracia me topé otra vez

Guinea Escribe

con “Calles de Sangre”. Estaba claro que había superado la prueba de muerte. Volví a la calle.

Era la una de la tarde. Estaba con tres colegas del grupo frente a un instituto. Le estábamos quitando el móvil a un chico de unos once años cuando, de repente, uno de nuestros colegas recibió un disparo, se llamaba Jimmy. El otro compañero, Tony, echó a correr y un taxi le atropelló. Yo estaba muy asustado. Me quedé paralizado. Me detuvieron y acabé en la cárcel.

Mi padre vino a sacarme de la cárcel y me trajo al internado. Todavía echo de menos a mamá, y me arrepiento por haber sido tan malo con ella. Estudiaré marketing y dirección de empresas, espero que a mamá le haga feliz.

LA ESPERANZA

Tercer premio CCE Malabo

Teresa Casandra Abeng Esono Nchama

La mente es caprichosa, nos devuelve siempre a los momentos más dolorosos, ajena a nuestro dolor, nos enfrenta a nuestros demonios, esos que pugnan por salir de su cárcel, que desgarran nuestro interior intentando abrirse camino hacia la superficie. Oyana se enfrenta otra vez a sus miedos, de vuelta a ese día en que todo se perdió. Quince años caen en el olvido, aniquilados ante los recuerdos. El cuerpo tieso y frío de su marido a su lado, su mano dura y pálida aferrada desesperada a su brazo, el terror y el miedo se apoderan de ella, dolor, pérdida, negación, forman un nudo asfixiante en su garganta, se niega a aceptar tan cruel realidad. Pasan las horas, los días y se resigna anonadada a la fría soledad en que se cobija cada noche buscando en el vacío el calor de un abrazo, de esos brazos fuertes que le hacían sentirse protegida, alejada de cualquier mal fuera terrenal o transcendental. “Los ojos son la puerta del alma” piensa mirando el reflejo de su mirada abatida, pero cuánto dolor cabe en el corazón, cuánta desilusión es capaz de soportar el alma, cuán infinita ha de ser la falsedad antes de que los ojos se apaguen y se conviertan en bolas inertes de cristal oscuro y lúgubre.

Los recuerdos se vierten con lentitud en su mente, dolorosos como llamaradas de fuego que le acarician la piel. Con catorce años fue llevada por su padre a la curandería del gran Esono-Nve, quien descubrió que el Nkinda, es decir, el espíritu maligno de su abuela muerta vivía en ella y era el causante de los males que le affigían. Se recuerda postrada en el suelo del Ndjimba, un cuarto anexo al Abaá Ngoso donde el curandero llevaba a cabo las ceremonias de menor importancia, ataviada tan sólo con una tela que cubría la parte inferior de su cuerpo. Sus incipientes pechos adolescentes al aire, abandona

cualquier vergüenza. Parados en un semicírculo a su alrededor estaban el curandero y algunos de los enfermos más longevos, así como sus dos aprendices, todos entonando una canción para hacer despertar o tomar posesión de su cuerpo al Nkinda. Tras varias canciones empezó a sentir que levitaba, se sentía una pluma sin peso, permaneció en ese estado un tiempo infinito, o eso le pareció, pues no tenía constancia de él. Tras despertar de su trance le fueron comunicadas las palabras de su abuela, que insistía en no abandonar su cuerpo, que decía tener derechos sobre ella y amenazaba con vengarse si se le obligaba a abandonar tan confortable hogar. El diagnóstico del curandero era claro, se quedaría en la curandería a sanar todos los males que causaba su abuela a su cuerpo y desprenderse del Nkinda.

Se acostumbró rápidamente a la vida frenética de la curandería, despertaba al alba para empezar con sus quehaceres y, como otros enfermos, ayudaba en las tareas domésticas. Pasaron los meses y su enfermedad parecía no sanar pues el curandero no decía nada al respecto. Pero aquello dejó de importarle a ella, pues descubrió que aquel ambiente le gustaba. Pronto le fue desvelado su don por el arte ancestral. Esono-Nve convocó a sus padres para hacerles partícipes del talento que había descubierto en su hija y, aunque ellos se sintieron halagados por tal noticia, fue grande su consternación cuando le tuvieron que comunicar que no tenían el dinero suficiente para sufragar los gastos de su educación, y que ya tenían que hacer grandes sacrificios para reunir el dinero para pagar su curación. El curandero les ofreció casarse con la joven proponiendo como dote los costes de su enfermedad, así como una suma de 50.000 francos. Los padres de la muchacha accedieron con gran regocijo, pues sabían cuán grande era la fama de aquel hombre. Cuando le fue comunicada la noticia, Oyana no supo cómo reaccionar, la idea de casarse nunca había estado muy presente en su mente, pero tampoco le parecía mala y menos si su esposo iba a ser alguien a quien tenía en tan gran estima. Esono-Nve era un hombre adulto, rozaría los treinta; era alto, de complexión atlética, su cuerpo emanaba fuerza y un magnetismo que hacía que la gente le mostrara gran respeto, era bastante apuesto, y su pelo presentaba motas canosas, signo de sabiduría y riqueza.

Oyana se sintió halagada de que la eligiera como esposa habiendo permanecido tanto tiempo soltero.

La ceremonia de matrimonio fue modesta, los padres de la novia eran gente simple que vivía como muchos campesinos de lo poco que les ofrecía la tierra. A pesar de eso, el júbilo se hizo notar, la familia esperaba que esa unión les fuera beneficiosa y esperaban que su hija encontrara la paz y el sosiego al lado de su esposo, que se comportara a bien con su nueva familia haciendo honor a lo que le había enseñado la tribu, que su nueva familia no encontrara razón para quejarse de ella. Así anunció el anciano de la tribu cuando la novia fue entregada a su nuevo hogar. Oyana se sentía feliz, plena y realizada, tenía un esposo apuesto e inteligente que le trataba con respeto y le mostraba nuevas facetas de la vida. Se entregó a él sin mostrar inhibiciones siguiendo el sabio consejo de su madre.

Empezó su formación como aprendiz, mostrando gran dominio de la naturaleza y las plantas curativas. Con el tiempo, le fueron relegadas las tareas más básicas, como preparar las medicinas, mantener el orden y la limpieza en el Abaá Ngoso, lugar sagrado donde se llevan a cabo las ceremonias de Ngoso, donde se ponen en contacto los iniciados, o Bandji, con sus respectivos Mbiri, espíritus benévolos que ayudan en la cura de los enfermos y ayudan a esclarecer el futuro o pasado de los enfermos y otras personas.

Pasaron dos años y Oyana dio a luz a un hijo que era la imagen en miniatura de su padre. Tras otros tantos le siguieron otros dos niños. Oyana se sentía feliz con su vida, y su felicidad podría haber sido completa si su primogénito no estuviera enfermo. El niño presentaba un gran retraso mental, situación que le hacía sentirse culpable, pues cumpliendo su amenaza su abuela le había cambiado la conciencia a su hijo. Su marido lo había intentado todo para rescatar la conciencia de su hijo, pero todos sus esfuerzos habían sido vanos, ni los espíritus daban con la manera de sanar a su hijo, incluso la brujería de los blancos era inútil ante tan grave enfermedad. Al pensar en la enfermedad de su hijo Oyana no podía reprimir la gruesa lágrima manando de sus ojos. Aunque sus otros hijos salieron ilesos de la maldición de su abuela, nunca ha podido acallar la culpa que fue creciendo en su interior cada vez que pensaba en que su hijo sería un niño para siempre, un adulto con la mente de un infante de seis años. Contemplaba su reflejo en el espejo mientras con parsimonia se untaba la cara con talco, el polvo blanco resalta el aspecto demacrado de su rostro, envejecido por la soledad. El recuerdo de su esposo le devolvió a aquel

día, el fatídico momento en que todo se perdió. Su esposo murió envenenado tras una ceremonia de Ngoso, a la que habían sido invitados. Aunque en un principio él se negó a asistir, ella le convenció atraída por la idea de pasar un fin de semana entero bailando con los muertos.

Últimamente le gustaban cada vez más las ceremonias de Ngoso, el Eboga despertaba en ella sensaciones afrodisíacas, el alcohol le levantaba los ánimos. Pero lo mejor era el cariño que le prodigaba su marido después, aún con el Eboga corriendo por sus venas se entregaban con desenfreno al placer de la carne. Entonces le sentía realmente suyo, era entonces un amante cariñoso que mostraba amor real, lo que no decían las palabras lo decían los cuerpos meciéndose rítmicamente. Todo transcurría normalmente; la noche del domingo era la última y el lunes en la tarde regresarían a casa. Aquella noche fue la mejor, el ambiente estaba cargado de felicidad y gozo y, bien entrada la mañana, se retiraron a descansar. Cuando despertó Oyana sintió el cuerpo frío de su marido abrazado al suyo, se asustó cuando no consiguió hacerle despertar y con la mano de su esposo aferrada a su brazo gritó socorro. No recuerda lo que pasó después, sólo el contacto frío de la piel de su esposo, cuando se resignó a su pérdida le buscó en el mundo de los muertos. Pero los espíritus se mostraban esquivos, no querían ayudarlo a verle de nuevo. Pasó el tiempo, y aunque el dolor no menguó ahora se imponían otros problemas; era viuda y madre de tres hijos a los que debía llevar adelante, el más pequeño era el que más pena causaba a su corazón, su pobre hijo no guardaría recuerdo alguno del hombre fuerte, alto y magnético que fue su padre.

Ahora que su marido ya no era de este mundo, ella debía tomar las riendas y ocuparse de los enfermos, tarea que le ayudaría a olvidar sus penas, y a la que se volcó casi por completo. Aunque en un principio intentó averiguar quién había envenenado a su esposo, finalmente desistió, haciendo caso de los consejos de los mayores que le hicieron entender, que era frecuente en ese gremio matar a los oponentes más poderosos y que lo único que podía hacer por su difunto esposo era preservar su legado y hacer mayor su notoriedad entre los curanderos.

Había hecho cuanto había podido por hacer honor a la fama de su difunto marido, pero llevar adelante la curandería y ocuparse a la vez de sus hijos,

resultó ser más difícil y muchas veces tuvo que recurrir al alcohol para encontrar el alivio, tanto que se convirtió en una parte importante para llevar a bien sus tareas. El tiempo tan implacable pasaba dejando huellas en su piel agrietada, reseca y poblada de manchas que intentaba cubrir con cremas baratas que terminaron por diluirla dejándola sin un color auténtico. Nunca logró superar el dolor por la pérdida de su marido, se convirtió en una mujer resentida y recelosa que no confiaba en nadie, no volvió a acudir a ninguna ceremonia de Ngoso y sólo celebraba una cuando era realmente necesario.

Oyana terminó de aplicarse polvo en la cara, echó un último vistazo a su aspecto en el espejo; llevaba la cara blanca por el polvo y un paño del mismo color le cubre el pelo, iba ataviada con un sencillo vestido blanco que le llegaba hasta los tobillos. Hoy iba a desvelarle el futuro a una joven y darle un diagnóstico según lo que su Mbiri le mostrara. Le vino a la mente el día de su iniciación, dónde comió por primera vez el Eboga, una raíz amarga que tiene el poder de abrir la puerta hacia el mundo de los Mbiri. Oyana recuerda esa primera experiencia con gran cariño.

Tras comer el Eboga le hicieron dormir en el Ndjimba y viajó al mundo de los muertos, un lugar bonito con casas que llegaban hasta el cielo, anduvo por una calle maravillada por todo cuanto veían sus ojos y se cruzó con varios espíritus. Ella se mostró temerosa al principio y no sabía cómo abordar a aquellas almas altivas que parecían no reparar en su presencia, así que optó por pasear por las espléndidas calles mientras hacía acopio del valor que necesitaba para dirigirse a ellas. Caminó despreocupada, deleitándose de todo cuanto veían sus ojos, cuando de pronto se descubrió en un descampado cubierto por un césped húmedo que le acariciaba los desnudos pies. Se quedó sorprendida al descubrir en medio del campo a una figura difusa, caminó hacia ella y su asombro fue mayor cuando se dio cuenta de que se trataba de un anciano. El hombre estaba sentado en medio del campo con las piernas cruzadas en posición de meditación, su piel de un color marrón oscuro destellaba una luz dorada no muy intensa que le confería un aire sereno a su rostro de rasgos rudos. El hombre le dirigió una intensa mirada, sus ojos eran oscuros como trozos de carbón y desprendían sabiduría. La joven se acercó más y se quedó a una prudencial distancia sin saber qué hacer, iba a decir algo cuando el viejo le hizo un gesto para que se acercara. La escuálida mano del hombre le señaló

un riachuelo a poca distancia, que hasta entonces ella no había advertido. Después le mostró un recipiente de calabaza que tenía al lado. Entendió lo que esperaba de ella el viejo, se dirigió con paso decidido al riachuelo, llenó de agua la calabaza y volvió junto al anciano, le dio de beber y depositó de nuevo el recipiente a su lado. El hombre se puso en movimiento, un gesto que tomó desprevenida a la joven que ahogó un grito de sorpresa ante la marcha del hombre, que presentaba una discapacidad de cintura para abajo. Apoyaba en sus manos casi todo su peso al caminar y las arrastraba por el suelo mientras sus piernas hacían esfuerzos patéticos por desplazarse. La joven se sintió violenta ante tal espectáculo y no sabía cómo comportarse, en su poblado los jóvenes eran propensos a burlarse de los discapacitados imitando su discapacidad y, riendo a carcajadas, se sintió avergonzada, pues era uno de ellos. Intentó no reflejar la mezcla de sentimientos y culpa que le despertaba el viejo y caminó a su lado. De pronto se descubrió en un lugar desolado, mugriento y pestilente, un campo de cuerpos caídos que parecían emanar de la tierra poblaba el lugar que se extendía hasta el infinito. Oyana miró atrás y vio el mundo hermoso al que pertenecían los muertos y comprendió que aquello que se extendía ante ella era su hogar, destruido por la mano cruel del hombre. Se sintió desolada, no quería volver a aquel mundo oscuro y vil, miró al hombre que tenía al lado y en sus ojos vio esperanza. Sin mediar palabra el viejo le hacía entender su lugar en aquel desate de atrocidades, vio una flor manar en medio de la mugre, y comprendió que ese era su deber, hacer vivir aquella flor de esperanza.

Despertó en medio de la noche, a su lado estaba su marido velando por ella, le contó cual había sido su visión y él le aclaró las dudas, el Mbiri que había visto era Nzée Ebere Ekum, un viejo con gran poder curativo y dominio de las plantas.

Oyana salió de su cuarto con un sabor a hiel en la garganta, odiaba esas ceremonias pues la hacen sentir rastrera, una charlatana más sin escrúpulos. Hacía casi cinco años que había perdido su capacidad de comunicarse con sus Mbiri. Esos la abandonaron por violar el lugar santo que era el Abáa Ngoso, yaciendo en él con un hombre y porque su alcoholismo estaba destruyendo su vida. Uno de los Mbiri se presentó una tarde hecho una furia y amenazó con vetar su acceso a los Mbiri si no cambiaba su forma de vida lasciva; pero ella se tomó a la ligera tales amenazas y continuó con su caída en el abismo de

la autodestrucción, hasta que comprendió, muy tarde, que la amenaza había sido cumplida. Se sintió devastada al comprobar que ahora era una Etemba, alguien que a pesar de comer el Eboga no era capaz de ver los misterios que desvelaba. Dejó el alcohol esperando que con eso se apiadaran de ella, pero no funcionó así que tuvo que adaptarse a su nueva situación. Seguía teniendo su don curativo, pero no podía ver el futuro ni el pasado de los pacientes, podía exhortar a los Nkinda pues no requería de un Mbiri para ello, pero tenía que fingir que aún tenía a sus Mbiri o perdería su credibilidad como Ndendé, persona que ve lo oculto. Durante casi toda su vida había visto a la gente poseída por espíritus y sabía cómo actuaban, por lo que no le resultó difícil fingir, pero volvió a necesitar del alcohol para dar realismo a su actuación, por lo que durante las ceremonias podía beberse varias botellas de licor.

Sale a la calle y el aire templado del atardecer le acaricia la piel. Camina hasta el abaá situado a unos pasos de su casa. El Abaá Ngoso es una construcción de madera similar a la casa de palabra tradicional fang, pero más grande y ornamentada con estampas religiosas, la mayoría de Jesús y de la Virgen portando entre sus manos el sagrado corazón. Flores artificiales adornan los postes, el abaá ha cambiado desde los tiempos de su marido, cuando era una tosca construcción cubierta con corteza del árbol Oyang y hojas de rafia. Oyana entra en el abaá, dónde algunos de los enfermos y los aspirantes a curanderos preparan el lugar para la ceremonia, se sienta en una silla que han colocado en medio del abaá, una de las aprendices se coloca a su lado con una botella de licor y un vaso, su misión consiste en procurar que el vaso nunca esté vacío. La ceremonia da comienzo, los enfermos cantan para hacer surgir al espíritu, Oyana no para de beber, no es hasta que se siente borracha cuando da comienzo su actuación, jadea y se revuelve en la silla, pone en blanco sus ojos, susurra palabras inaudibles. En la mano derecha tiene un espejo en el que ve lo que los espíritus supuestamente le muestran y en la izquierda el vaso del que bebe continuamente. Ha llegado el momento, la razón por la que se ha organizado aquella ceremonia, sólo tiene un paciente, la hija de un pastor que según le ha comunicado una de sus aprendices tiene una enfermedad que ni los médicos han conseguido diagnosticar, el pastor ha hecho todo para salvar a su hija. Cuando no encontró la salvación en la iglesia lo intentó con los hospitales, pero tras meses de sueros y miles de recetas y pastillas ha desistido.

Su última esperanza es la medicina tradicional, ha roto con todo cuanto predica para salvar a su única hija, “no está dispuesto a sacrificarla como Abraham”, pensó con ironía Oyana cuando le informaron del caso. La joven se levanta y el corazón de Oyana da un vuelco al verla, ni la borrachera mengua el impacto que le causa la figura escuálida de la joven, que tendría catorce años, los mismos que ella cuando llegó a aquel lugar. Oyana no necesita de ningún espíritu para ver la muerte que se asoma en la mirada apagada de la chica. Lleva más de veinte años curando enfermos y sabe reconocer la sombra de su eterna enemiga. “El cuerpo es un lastre para el alma, un fardo en su busca de libertad, esta niña pronto abandonará su cuerpo moribundo para gozar de la paz del más allá. La muerte es un castigo para los vivos y no para los que se van” piensa mirando a los pobres padres. Se sienta la joven y Oyana comienza su actuación. Es portadora de esperanza, esa es su misión.



ccebata.org
Facebook: CCE Bata
Twitter: @CCEBata

ccemalabo.es
Facebook: Cce Malabo
Twitter: @ccemalabo





